

El Turismo español en el Siglo de la Ilustración (1715-1793)

Luis Lavour*

y IV

Visitada Granada, como dejamos dicho, quienes prosiguieron viaje con intención de enlazar, allá por Cartagena, con el mar y las costas levantinas, en la segunda mitad del XVIII, el período del que versa esta parte del trabajo, no tuvieron otra opción que enfilear sus rumbos, por derecho y a modo de atajo, por la única vía practicable al tráfico rodado. Transitando en líneas generales por donde en tiempos romanos discurrió la Vía Aurelia.

En ruta hacia Levante

Lo que supuso atravesar espacios de sequedad extrema, por parajes y paisajes de aire morisco de no mucha historia e impresionante aridez. Un tramo grandemente aburrido y dificultoso, pues, cuya falta de atractivo turístico pudiera proclamarlo con harta elocuencia su incapacidad para atraer la presencia del superturista español de la época, don Antonio Ponz, quien de haber andado por allí, supuesto admisible, se guardó muy bien de admitirlo, por escrito al menos. Una ruta de la que dijo en 1787 el inglés Townsend, menos dado a descalificaciones que la mayoría de sus colegas: «es preciso haber recorrido el camino de Granada a Lorca para saber lo que son fatigas, pues es por allí la comida mala y los albergues peores».

Algo menos malos, unas y otros, de utilizarlos como viniendo de Murcia lo hicieron en 1772 el sibarítico Richard Twiss y su amigo. En liviana silla de posta, tirada por un caballo, con dos grandes baúles y gran acopio de provisiones de mesa y cama en la trasera del pescante, asiento exclusivo de ambos «gentlemen», quedando libre el polvo de la carretera para la pisada del calesero y del escopetero de escolta, al paso o al trote, según energías y casos.

Fue la aguda carencia de hospedajes por la zona lo que aconsejó al duque de Alba, señor de Vélez-Rubio, la última población andaluza, el construir en 1785 una posada abierta al público general, de mínimo confort al parecer de Townsend, su huésped a los dos años de inaugurarla.

Justamente en la faceta alojativa es donde con fuerza mayor se dio una de las particularidades menos atractivas de los caminos de la

Las tres partes anteriores de este trabajo fueron publicadas en los números 88, 89 y 91.

* *Escritor.*

Interior de una venta levantina de carretera.



región, al coincidir todos los pasajeros extranjeros en su declaración de hallarse las ventas del trayecto explotadas por gitanos. Observación en la que, entre otros españoles, incide cierto canónigo sevillano, al maravillarse de la alta calidad de una posada en Spira, a orilla del Rhin, regentada por su propietario, un consejero municipal:

«De lo que pende el mal trato de las posadas de nuestra España es que por lo regular las ventas en despoblado están a cargo de mulatos, berberiscos y gitanos: la mayor parte de los venteros es gente forajida, de la que tan lastimosas experiencias tenemos. No pretendo que en España los títulos y caballeros tomen el destino de mesoneros, pero siquiera que no fuese obstáculo a un hombre semejante oficio, sino que se reputase como oficio de mercader o semejante» (1).

Y en manos gitanas, y sin duda alguna, funcionó cierta venta de la semi-troglodita de Puerto-Lumbreras en la que un buen atardecer de 1770 paró en uno de sus múltiples viajes eruditos el P. Flórez, con su amanuense y cronista particular:

«Fuimos a las Lumbreras a la venta de un gitano, que tenía dos varas y media de alto y cerca de ochenta años; pero en los ánimos era de treinta. Llámase este lugar, a mi juicio, las Lumbreras, porque en las más de las casas no hay otra luz que la que entra por la puerta, que es propiamente una lumbrera; y la fábrica de ellas son unas excavaciones o cuevas que hacen a propósito en los cerros, sin más arte ni compostura que la natural excavación» (2).

¹ Diego Alejandro de Gálvez: «Itinerario... de la España, Francia, País Baxo y gran parte de Alemania». Editado por Francisco Aguilar Piñal. «De Sevilla a Flandes en el siglo XVIII». *Archivo Hispalense*, núm. 105, Sevilla, 1958.

² Fr. Francisco Méndez: «Noticias sobre la vida, escritos y viajes del Rmo. Fr. Enrique Flórez». Madrid, 1860.

Tras una gratificante detención en la señorial villa de Lorca, antesala de la zona huertana, posiblemente, «apeándose en el mesón de la Gitana —reitera el P. Méndez— por esta tierra y hasta Granada todas las posadas están en poder los gitanos», un alivio para la mirada del viajero la llegada a la ciudad de Murcia. No tanto para su cuerpo, de tener presente la afirmación de Twiss, Townsend y otros, asegurando no existir en la capital otra posada aceptable que una regentada por gitanos.

Pero con una bellísima catedral, una ultrabarroca fachada, terminada en 1754, diez años antes de una esbeltísima torre, concluida por entregas, casi a los 200 años de comenzada, con un maravilloso panorama divisado desde su parte superior, a la que se asciende por una cómoda rampa. Verdaderamente original en materia de paseos, el del Malecón, a orilla del temperamental Segura, introduciéndose en recta y por elevación por entre la ubérrima huerta. Una obra atractiva admirada entre otros, y en 1772, por el diplomático francés J.F. Peyron:

«Es un paseo consagrado a la utilidad pública donde se respira el aire más puro; para los fieles, una vía sagrada donde varios pilares designan las diversas estaciones de la pasión de Jesucristo y sirve de dique contra las crecidas del río, cortándolo en varios canales destinados a regar las tierras vecinas. El paseo termina en una linda calzada, dotada de bancos de piedra, desde donde la vista no tiene otros límites que su propia debilidad» (3).

Excursión punto menos que inexcusable, sobre todo para los procedentes de Granada, una a la vecina Cartagena, el primer punto de contacto con el por numerosas leguas ausente mar. De especial interés para los ingleses, la visita a las instalaciones de un excelente puerto fortificado y a un poderoso Arsenal. Una importante amenidad de la ciudad, la excelente fonda «El Aguila de Oro», regida por un francés.

Al paso por Murcia hay quien menciona a los próximos baños de Archena. «Sitio triste y de malos albergues», informa Isidoro de Antillón, pero, curiosamente, nadie alude a la prodigiosa imaginería de Salzillo.

Ya menos distante del mar, la ruta pasaba por Orihuela, una villa catedralicia atravesada por el Segura, en una fértil comarca: «La residencia de la primavera, el edén de los árabes, la tierra prometida», hace exclamar el seigneur de Lantier a su caballero de Saint-Gervais. Llegándose al poco a Elche, eclipsadas sus particularidades monumentales por la singularidad de su extensísimo palmeral, compuesto entonces por cerca de medio millón de palmeras, proporcionando al viajero —y no fue poco— una visión totalmente insólita en el continente europeo. Swinburne describe maravillado los anaranjados racimos de dátiles, colgando de las copas, y las acrobacias ejecutadas por los «palmerers» suspendidos de sus cuerdas de esparto para recoger el fruto. «Espectáculo curioso y agradable», opina el inglés.

Según discurre la ruta paralela a la costa brotan de los viajeros, y acordes con la temperatura ambiente, cálidos elogios al clima subtropical y al exotismo de la vegetación, disfrutando de una feraz perspectiva hasta verse cortada por la mineral estampa de Alicante, cercada por un anfiteatro de marfileñas montañas sin una brizna de vegetación. Se llegaba a un activo puerto pesquero y comercial, gracias a su calado, gozando de una buena racha de prosperidad y de expansión, de resultas de ser el único puerto del reino valenciano autorizado desde 1765 para comerciar con los virreinos americanos.

A falta de edificios religiosos de relevancia, en una población dependiente en lo eclesiástico de Orihuela, aquel pequeño Alicante

³ Jean Francois Peyron: «Essais sur l'Espagne et Voyage fait en 1777 et 1778». Ginebra, 1780.



Vista de Elche y de sus palmares.

contó en lo alto con un formidable castillo y a sus pies con un moderno Ayuntamiento de mucha fachada, y por sus alrededores con tres puntos de interés. Un «pantano», cisterna o presa construida a mediados del XVI, el balneario de Busot y la iglesita del monasterio de la Santa Faz, una joyita concluida en 1766 por su artífice, fray Francisco Cabezas. Puntos todos visitados por Townsend en excursión, tras describir con su minucia habitual la faceta económica de una ciudad, sede de una pequeña colonia de comerciantes ingleses.

Notable la excursión realizada desde Alicante por Richard Twiss, al puerto ilicitano de Santa Pola, «donde no vi menos de 53 buques holandeses cargando sal». Desde allí se acercó al rocoso islote de Nueva Tabarca, a tres millas de Santa Pola, asentamiento de una colonia de unos 600 españoles y genoveses, rescatados en 1711 de su cautiverio en Argel, y en la auténtica Tabarca, la tunecina. Planificado a instancias del conde de Aranda, el viajero inglés contempló el poblado en damero en vías de construcción, con su correspondiente iglesia.

Por razones que se escapan, la salida de Alicante la ruta más favorecida resulta con mucho la del interior. Es decir, por Monforte y Villena, para desde allí tirar hacia Mogente y San Felipe. O sea, a Játiva, ahora conocida por el nombre que le impuso Felipe V, tras incendiar en 1707 sus tropas a buena parte de la población, en castigo al apoyo prestado a la causa del Archiduque. Totalmente repuesta de sus desdichas, incluido el terremoto de 1748, que dio al

traste con lo poco que quedaba en pie de su poderoso castillo, San Felipe, o Játiva, mostraba el bienestar común a mediados del XVIII por las poblaciones valencianas. Hubo quienes escogieron la ruta costera, por leguas y más leguas de campos de olivos y almendros, con notable silencio sobre el diminuto Benidorm de entonces y sus playas. Rebasada la villa ducal de Gandía, ambas rutas convergían para discurrir por extensos bosquecillos de moreras, el alimento imprescindible para los gusanos de seda que tanta riqueza derramaban sobre la región. «Se considera a esta provincia el jardín de España y podría ser en justicia el jardín de Europa», asegura en 1772 Richard Twiss, a punto ya de trasponer la puerta de la muralla de la capital de aquel vergel.

Apogeo valenciano

A la mirada del recién llegado saltaba con singular vigor la excelencia de los tiempos vividos por la, en cuanto a población, tercera ciudad de España, a la zaga de Sevilla, pero por delante de Barcelona. Sobresaliente exponente del trasvase de población española, del centro a las periferias, iniciado durante los Borbones del siglo. Tocándole a Valencia capital triplicar de 1718 a 1758 su censo vecinal, gracias en parte a la fuerte inmigración generada por una espectacular expansión fabril, basada en el desarrollo de la industria sedera, favorecida por la apertura del mercado peninsular, al suprimirse, a consecuencia de la abolición de los Fueros, de la tupida red de aduanas interiores.

Cercada en círculo por el sólido anillo de sus murallas fuertemente torreadas y almenadas, el apiñado caserío valenciano empezó a contar con un sistema de alumbrado público, de cierta extensión, sin perder una fisonomía propia encontrada por algunos morisca. Interesante, más que nada, por reflejar un punto de vista bastante generalizado entre viajeros extranjeros del tiempo, el criterio henchido de tópicos emitido en 1772 por Jean F. Peyron.

«El calificativo de bella adjudicado a Valencia por varios geógrafos es título arduo de otorgarle cuando se pasea uno por sus angostas y tortuosas calles, intransitables cuando llueve por no estar empedradas, en las que apenas se encuentran dos o tres casas privadas con gusto y alguna iglesia que llame la atención: es en una palabra una ciudad construida por los moros, que por razones de política, de amor de religión, viviendo encerrados con sus mujeres no miraban a las calles como vías necesarias, y poco susceptibles de embellecimiento, sin ocuparse más que del interior de sus casas, que eran amplias y frescas, pero mal distribuidas y poco cómodas en general: por otra parte no se había introducido aún el lujo de los coches, sin que a los españoles después de la conquista les diera por remediar fácilmente un defecto, en lugar de seguir en sus nuevas construcciones el mal plan que los moros les habían trazado»

No obstante, si no en su trazado, la edificación ciudadana había experimentado en su aparición una profunda renovación, influyendo en sus formas, sin duda, sus caudalosas relaciones comerciales con el exterior. En la nueva arquitectura valenciana anidó con envidia el «rococó» francés, constituyendo magnífico espécimen de tal tendencia

el palacio del marqués de Dos Aguas (1744), un gracioso edificio con un par de atléticos gigantones, barbados y semidesnudos, encarnando al Turia y al Júcar, montando guardia a cada lado de la entrada principal abierta en una fachada exquisitamente labrada en fino alabastro, sobre la que en una elevada hornacina se veía una hermosa estatua de la virgen, de hecho únicamente visible de hallarse los señores marqueses residiendo en su maravilloso palacio.

Las afinidades entre italianos y los habitantes de la España mediterránea encuentran reflejo en el plano turístico y en dos muy distintas tonalidades, a través de las impresiones valencianas de dos ilustres viajeros procedentes de la península itálica. La primera, fechada en 1768, corresponde al célebre Giacomo Casanova, consumado ejemplar de un tipo de turista muy del siglo. Casi nada complació en la tierra de las flores, de la luz y del amor al epicúreo aventurero veneciano, calificándola —o descalificándola— como «ciudad desagradabilísima para el extranjero, imposibilitado de disfrutar en ella de ninguno de los placeres y comodidades que en cualquier otra ciudad le proporcionaría su dinero».

Es posible que en la dureza de su juicio de la infraestructura turística valenciana influyera la circunstancia de no disfrutar Casanova de los aceptables confortos de la «Posada de San Andrés», o de los más plebeyos de la «Posada del Angel», con vastas caballerizas, sita desde principios del XV en la plaza de su nombre. Pésimamente alojado, en una mala posada propiedad de un boloñés, se queja de la inexistencia de cafés y de botillerías en las que pudiera relajarse un elegante caballero, así como de la ausencia de ambiente social, «ya que a pesar de su Universidad, no se encuentra una sola persona a la que sensatamente puede llamarse hombre de letras». En total, que, aparte de su maravilloso clima y de la belleza de sus alrededores, «en los que se materializa el fabuloso paraíso terrenal», Casanova, actitud bastante habitual en compatriotas suyos de paso por España, otorga mínima categoría a los monumentos valencianos:

«En mi calidad de curioso, visité cuanto presentaba la ciudad de notable, sin poder compartir ni de lejos la admiración de tantos escritores que de ella han hablado; es lo que suele suceder cuando uno se pone a ver las cosas de cerca y en detalle. Sus edificios públicos e iglesias, su casa-Ayuntamiento, su lonja y arsenal, sus cinco puentes sobre el Guadalaviar, y sus doce puertas, todo aquello careció de atractivo para mí, por la necesidad de tener que pagar la vista de aquellas curiosidades al precio de una extremada fatiga por no estar las calles pavimentadas.»

Un elemento estrechamente relacionado con la cómoda visita a los contornos, la abundancia de las económicas y ubicuas «tartanas», para Casanova, nada menos que «la única cosa que me agradó de Valencia; un medio de transporte rápido y poco costoso a disposición de los viajeros»:

«Una multitud de cochecitos, tirados por un caballo, se hallan diseminados por todos los barrios, sirviéndose de ellos sea para el campo sea para excursiones de tres o cuatro días. Estos coches van hasta Barcelona, que queda a cincuenta leguas de distancia.»

En contraposición, y en ámbito italiano, Valencia queda inmejorablemente situada en la tabla de preferencias elaborada en 1771 al final de su viaje por España, y ya en tierra francesa, por un joven turista italiano.

«Los únicos lugares que me gustaron fueron Córdoba y Valencia, sobre todo el reino de Valencia, donde pese a haberlo recorrido a finales de marzo, disfruté de una primavera templada y deliciosa, una de esas primaveras dignas de ser cantadas por poetas. Los alrededores, los paseos públicos, las límpidas aguas, la situación geográfica, el hermosísimo cielo del más puro azul y un no sé qué de elástico y muelle en la atmósfera, y los ojos brujo de las mujeres, todo, en fin, de Valencia y su reino, de tal manera me encantó, que ninguna otra tierra me ha dejado tan vivo deseo de volver a verla, ni un recuerdo tan recurrente en mi mente.»

Nada deleznable panegírico tal, de turista tan experimentado y nada fácil por lo general de contentar, como el joven dramaturgo y fanático de los hermosos caballos Vittorio Alfieri.

Al año siguiente la ciudad del Turia complació sobremanera al afable Richard Twiss:

«Bella Valencia —escribió en clave francmasónica en su libro de viajes— ¿Cómo describir tus trascendentes bellezas o hablar de las infinitas glorias que te adornan? Si no te han ornado célebres arquitectos con suntuosas palacios, o dotado de más bellas formas a tus calles, conténtate con que el Gran Arquitecto del Universo ha derramado sobre ti innumerables bendiciones para hacer su felicidad completa.»

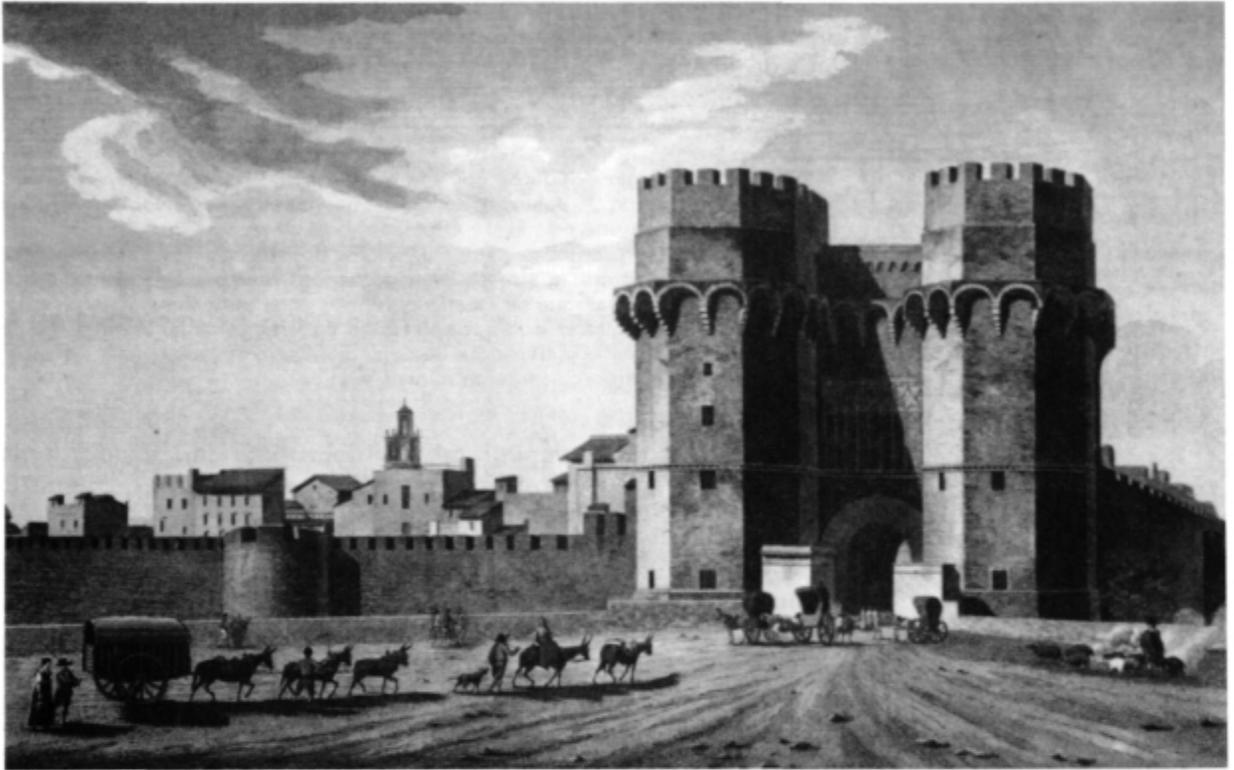
El viajero inglés se cuenta entre los pocos que reparó y saboreó el intenso tipismo huertano concretado en el aspecto del indumento del segmento más pegado al terruño de sus habitantes:

«Los hombres vistan calzones de lino, que les llegan hasta las rodillas, muy parecido a las faldas de los escoceses, y alpargatas de esparto. Las mujeres, con nada en la cabeza, anudado el moño en espiral, alrededor de un largo alfiler de plata, como las mujeres de Bolonia y de Nápoles.»

A modo de compendio de sus valoraciones, transcribe en vernácula un gracioso poemilla local, enumerando algunos de los más salientes elementos de la ciudad:

«Parroquies, convents, mercat,
Alameda, ermit, riu,
Lo Palau dit del Real,
Les cinc ponts, ab ses arcades
Y altres prodigs semetjants.
Admiratse de tos ells,
Puix Valencia es un encant.»

Comprendida, por supuesto, la catedral. Cuyos visitantes se hallaron en disposición de juzgar la pertinencia de las reformas llevadas a cabo alrededor de 1774 en el interior del templo, con ánimo de desgottizarlo, dotándoles a sus naves el neoclásico Gilabert, responsable de la obra, de una luminosidad sin duda celebrada por el visitante del



Vista de la Puerta de Serranos de Valencia.



Vista de la Alameda, paseo de Valencia.

Siglo de las Luces, y aprovechada para apreciar la profusión de cuadros y pinturas, una característica de los templos valencianos. Aun no transformada la vieja sala capitular, en la maravillosa Capilla del Santo Cáliz, los visitantes interesados en conocer aquella reliquia debieron acudir a la sacristía para contemplarla, una vez reparado el vaso de ágata de la fractura sufrida en 1744, al caérsele de las manos a un canónigo y estrellarse contra el suelo.

En cuanto a los demás edificios de la ciudad a Henry Swinburne le dejaron bastante frío, interesándole la Lonja, «un noble salón gótico, construido con toda la belleza y riqueza de la que es susceptible el estilo» y hasta cierto punto, la iglesia de la Virgen de los Desamparados, terminada en 1667, y con un lujoso camerino recién construido. Como tantos otros viajeros procedentes de Barcelona, censura la falta de pavimentación de las calles, y por razones de peso:

«Suelen llenarse de polvo en tiempo seco y cuando llueve llega el barro hasta las rodillas. Justifican este escandaloso abandono alegando que de esta manera se produce mayor cantidad de abono de estiércol para las huertas de inestimable valor. Pero los hedores que se levantan por cada esquina son múltiples y abrumadores.»

Entre las múltiples vías por obviar molestias de especie semejante, la ciudad ofrecía el disfrute del con justicia llamado «Prado de Valencia», alusivo a su equivalencia al principal paseo público de Madrid. Y muy superior en arbolado la Alameda valenciana, fuera de las murallas y al otro lado del eternamente seco cauce del Turia. Además de, consecuentemente con el nombre del paseo, sombrear álamos las calzadas por donde rodaban los coches de la gente bien, la poblaban hermosos cipreses y palmeras, y otras muestras de la magnífica vegetación.

Pasando al capítulo del tipo de diversiones públicas, predestinadas a obtener en el futuro el rango de festival turístico, cabe mencionar la trascendencia regional de «les falles de San Chusep», con tracas y fuegos de artificio, organizadas anualmente por el gremio de los «fusters», o carpinteros.

Un tanto con vistas al futuro del turismo español, es interesante anotar que es en la etapa de Valencia donde con caracteres de exclusiva se formula una recomendación para un subtipo de turismo residencial, basado en la climatología, del que a la sazón se beneficiaban algunos puntos muy calificados del sur de Europa, visitados por británicos:

«Por sus ricos jardines y brillante cielo —escribe en 1775 Swinburne— Valencia podría ser un admirable retiro póstumo para nuestros compatriotas tuberculosos, de presentar un acceso por mar y tierra menos dificultades.»

Propuesta reiterada en 1787 por Joseph Townsend, al opinar: «no hay ciudad en la que puedan pasarse el invierno y la primavera de modo más agradable que en Valencia. En multitud de casos su aire y su clima serían muy convenientes para los ingleses afectados de enfermedades nerviosas, histéricas e hipocondríacas».

Abandonada la vitalista Valencia de la segunda mitad del XVIII, el itinerario a Barcelona discurría paralelo al mar, por paisajes mayormente fértiles y bien poblados: en consecuencia, sin dificultades de entidad. Desembocando a las pocas leguas en la entonces importante etapa de Murviedro, los «Muri-Veteres» en ruinas del pro-romano Sagunto, con un famoso teatro, «una de las antiguallas de más reputación en España», dictamina Ponz. Cierto. Pero por bastante tiempo con no muchos restos romanos de fuste que ver. Posible atenuante del serio despiste sufrido por Casanova, al recorrer un graderío apenas excavado, perdiéndose el rábano del teatro al divagar por la hojarasca de una enorme fortaleza medieval en las alturas, encontrando muros y almenas en perfecto estado de conservación. Pernoctó en Sagunto-población, al pie de las ruinas, un próspero pueblo huertano sobre el que un poema elegíaco de los suyos tuvo a bien reprocharle don Bartolomé Leonardo Argensola, el hermano de don Lupercio:

«Con mármoles de nobles inscripciones
teatro un tiempo y aras, en Sagunto
fabrican hoy tabernas y mesones...»

Más bien en un ayer que en aquel hoy, por gozar a mediados del XVIII las venerables ruinas de adecuada protección y vigilancia, y disponer los visitantes, sobre todo los extranjeros, de la exhaustiva información sobre el lugar impresa en el tomo IV (1776) del «Viage» de Ponz.

Una ruta grata y bien atendida por lo general, proseguía hacia el norte atravesando naranjales y limoneros, y viñedos y olivares más adelante. «Las ventas son soportables —previno Townsend— pero caras, si se las compara con las de otras partes de España». Inconveniente paliado por la buena nueva de hallarlas abastecidas de vituallas. Hasta llegar al ancho Ebro, franqueado por un puente de barcas a la vista de las cuestas de la episcopal Tortosa.

De seguido venían las inhóspitas leguas por la zona del semiabandonado pueblo del Perelló, donde en 1763 se construyó una muy oportuna venta de gran capacidad. Util para con el cuerpo descansado cruzar el coll o puerto de Balaguer, «que es una subida grande de círculos con un fortín, donde hay algunos soldados», dice en 1762 el P. Méndez, hasta aclararse las cosas al descender en el próspero pueblo de Hospitalet. El camino, no en vano en tiempos la «Via Aurelia», adoptaba cierta aura clásica muy del gusto de aquellos viajeros, hasta la aparición de la ex imperial Tarraco, ocupando un espacio no muy amplio del recinto romano: «mal construida, sucia y despoblada» la encontró Swinburne un tanto defraudado por la escasez de vestigios romanos, bastante menos visibles que los exhumados y recompuestos en fechas más próximas a las nuestras. Tras recorrer unas cuantas leguas más de terreno llano y ornadas por la llamada Tumba de los Escipiones y el Arco de Bará, finalmente, y por el camino del pueblo de Gracia, se llegaba a la vista de las fuertes murallas de la antigua Barcino.

Señal de hallarse el viajero en el corazón y cerebro de Cataluña, próspera y bien administrada, merecedora de un elogio de José



L'Esprit de l'Époque

PLANXA LXV

El coll de Balaguer. Ilustración de la obra «Voyage pittoresque et historique en Espagne», Alexandre de Laborde, Paris (1806-1820).

Olivier J. Torres / Comp.

Cadalso, en una de sus *Cartas Marruecas*: «Más provecho le procura a la Corona la industria de estos pueblos, que no la pobreza de tantos millones de indios».

Barcelona en auge

Las noticias obrantes sobre la capital de Cataluña en la segunda mitad del XVIII convergen en su integridad al corroborar lo bien que comenzaron a marcharles las cosas a los catalanes, al poco de entrar en España por Barcelona, y en 1759, el rey Carlos III, objeto de un recibimiento apoteósicamente inenarrable.

La vigorosa expansión económica de la ciudad, si no puede decirse se iniciara, se aceleró considerablemente al menos, a raíz de adoptar el rey, en 1765, su decisión que daba fin a un nocivo agravio comparativo, al abolir el monopolio exclusivo de comerciar con los puertos de la América hispana otorgado a Cádiz. Al extender tal privilegio a otros puertos españoles, entre ellos el de Barcelona, la real decisión vino a constituir un poderoso revulsivo para consolidar la auténtica revolución industrial que tenía lugar en la Ciudad Condal, basada esencialmente en un respetable complejo manufacturero textil, casi sin paralelo por el resto de Europa. Es el momento en que el siempre valioso criterio del viajero Ponz califica a aquella Barcelona como:

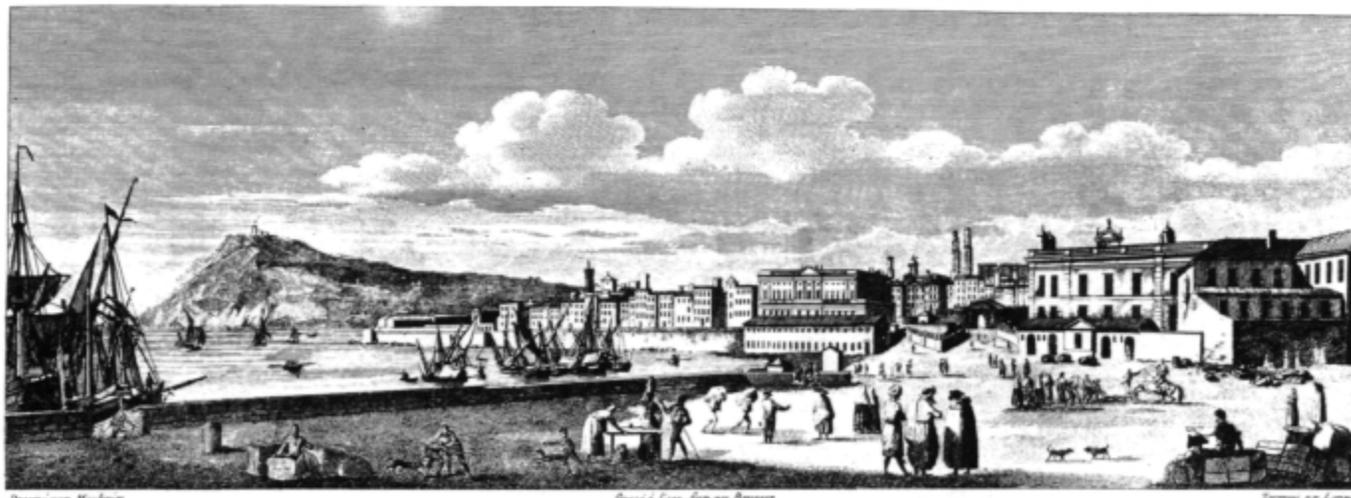
«... la ciudad de España que más desmiente las imputaciones de algunos escritores extranjeros, empeñados en divulgar nuestra desidia, abandono, pereza, falta de industria y otras gracias con que nos favorecen» (4).

⁴ Antonio Ponz: «Viage de España», tomo IV. Madrid, 1785.

El puerto de Barcelona desde la Barceloneta. Ilustración de la obra «Voyage pittoresque et historique en Espagne». Alexandre de Laborde. París (1806-1820).

Todo ello sin perjuicio de seguir cerrándose las puertas de la muralla a las nueve de la noche, y ya sofocando aquel pétreo cinturón defensivo, una expansión urbana aún no apremiante, pero responsable ya del incremento de la angostura medieval de la mayoría de las calles y a las graves penurias en materia de plazas y de paseos.

No así en materia de alojamientos. En condiciones de prestar los mejores, y de modo digamos discreto, los servicios propios del ramo.



Quiere decirse, sin motivar más censuras ni quejas que las habitualmente recibidas entonces en los libros de viajes por gran parte de la hostelería europea.

Destacó la fonda de «Santa María», vecina a Santa María del Mar, hospedaje del caballero veneciano Casanova, acompañada por «La Corona de Francia» y «La Fontana de Oro», residencia del exigente Henry Swinburne, sobresaliendo algo más tarde la «Fonda del Falcón», abierta en 1777 por los italianos Pietro Durio y Giovanni Maffioli, en la calle Escudillers, identificada por una bonita insignia colgante con un balcón volante, pintado con cierta modestia bajo una sola estrella nada más.

Por otra parte, las calles de la ciudad no se hallaban, como las de Madrid, en un estado de abandono tan tremebundo que precisaran viniera un Carlos III a lavarlas la cara. Según testimonio de los visitantes, y pese a su estrechez, las calles barcelonesas se encontraban en general bien pavimentadas «corriendo a lo largo de muchas unas alcantarillas cubiertas para llevarse la basura y el agua de lluvia», escribió un visitante británico. Por si fuera poco, iluminadas desde 1752 con unas farolas de aceite, contando en 1782 con 3.000 puntos de luz, más o menos mortecina.

El atractivo irradiado por la buena imagen proyectada por Cataluña halla cierto soporte en el hecho de que en 1775 fuese la única región española visitada por el autor de guías, y si bien incansable, no muy esforzado viajero Philip Thicknesse, británico por supuesto. Y más que satisfecho de su gira catalana, por más que maldita la gracia le hicieron sucesos tales como que al entrar en Barcelona le hicieran pasar una buena hora, en pleno mediodía, aguardando a que le abrieran la puerta de la muralla, cerrada —según dice— «al ausentarse los guardias para comer».

Por lo demás, le encantaron la ciudad y sus habitantes, recogiendo, tras prestar más credibilidad a las limitaciones de su oído que a la gramática, un dicho extremadamente popular que acepta como de recibo:

«Barcelona es bueno, si la Bolsa sueno.
Sueno o no sueno, Barcelona es bueno» (5).

Las buenas impresiones de Mr. Thicknesse revelan leves discrepancias con las recopiladas en el mismo año por su compatriota Henry Swinburne, quien relacionó como cosas más dignas de verse en Barcelona, la catedral, Santa María del Mar y el Palacio del General: esto es, el palacio de la Generalidad. Criterio, sobre la catedral, no excesivamente compartido por los visitantes, en época poco proclive hacia las catedrales medievales. Máxime hacia una con su exterior afeado por una descarada falta de fachada, fundamento para considerar Ponz a la catedral sin acabar, añadiendo que «ni aun ahora se puede decir que lo esté, pues no se ha concluido la portada principal, siendo extraño que en una ciudad opulenta como es ésta no se hayan encontrado medios de acabarla».

En cambio, intensa la curiosidad de los visitantes ilustrados por otro tipo de arte, conscientes del origen histórico de la vieja Barcino.

⁵ Philip Thicknesse: «A Year's Journey through France and a part of Spain». Londres, 1777.

Por las «antiguallas» romanas, explorando en su búsqueda, el barrio desde no hace tanto llamado «gótico» y entonces, como escribe Townsend, «la vieja ciudad romana, fácilmente distinguible, ocupando una pequeña altura en el centro de la ciudad, con una de sus puertas y alguna de sus torres bien conservadas». Consecuentemente, acuden todos de modo invariable al patio interior de una antigua casa de la calle Paradis, con el fin de contemplar, extasiados, seis hermosas columnas, con sus capiteles y arquitrabe, empotradas en el cuerpo del edificio. Supuestamente los restos del «sepulcro de Hércules el Libio», presunto fundador de la ciudad, hasta que un librito, a modo de guía, del académico Bosarte, situara a los restos romanos barceloneses en su propio lugar (6).

Un serio fallo en la oferta de obras pictóricas, la absoluta indiferencia de los ilustrados por las tablas góticas y obras afines. Raíz del énfasis con que se enseñó a los visitantes los veinticuatro cuadros de la vida de San Francisco, en el claustro del convento franciscano, en plenas Ramblas, sede desde hace mucho del «Hotel Oriente». Pinturas debidas al pincel del barcelonés Antonio Viladomat, apellidado «el Murillo catalán», con bien intencionada hipérbole. «Vi las pinturas de Viladomat, en el claustro de San Francisco», escribe Leandro Fernández de Moratín, a su paso por Barcelona, camino de Francia, en 1787, «Vi el mar por vez primera».

La falta de museos artísticos, Barcelona suplía por bastante tiempo, y a la manera de Madrid, por una Galería de Historia Natural, de carácter privado, adscrita a la botica de la familia Salvador, «que muestra su colección a los extranjeros con la mayor urbanidad», reconoce en 1782 el aristocrático Mr. Talbot Dillon. Mucho más explícito se mostró en 1773 el francés Peyron, facilitando valiosos detalles sobre aquel museo:

«El Museo tan curioso como alabado del boticario del señor Salvador, que es preciso no dejar de ver en Barcelona. Sobre todo la parte de las conchas es una de las más completas y de las más buscadas figurando los minerales en muy pequeño número. Pero hay una hermosa selección de los diversos mármoles de España, multitud de fósiles, varios jarrones, urnas y lámparas antiguas, preciosas medallas y un inmenso herbario, cuyo propietario, tan modesto como amable, hace los honores a cuantos extranjeros acuden a verlo. Este gabinete fue comenzado en 1708 y montado casi en la actual perfección por Juan Salvador, abuelo del de hoy, hombre muy instruido, que había viajado mucho y estuvo relacionado por correspondencia y amistad con todos los sabios de su tiempo» (7).

Despertó el interés de más de un visitante el modo con que Barcelona utilizó el escaso espacio disponible intramuros para dotarse de algo entonces tan esencial como paseos públicos. Unánimes en este orden de iniciativas los plácemes de propios y extraños acerca del originalísimo Paseo de la Muralla del Mar, concebido por el marqués de la Mina, el constructor de la Barceloneta, en funciones de capitán general del Principado:

«Construido el paseo sobre una arquería —informa Swinburne— se extiende a lo largo del puerto, con almacenes en la parte inferior, una ancha calzada para coches y peatones en la superior, a la altura de un primer piso en la calle adyacente. Es muy grato en las noches claras y cálidas pasear hasta el Arsenal (las Atarazanas), al sudeste de la ciudad.»

⁶ Isidoro Bosarte: «Disertación sobre los Monumentos antiguos que se hallan en la ciudad de Barcelona». Madrid 1786.

⁷ Jean-Francois Peyron: «Essais sur l'Espagne et Voyage fait en 1777 et 1778». Ginebra, 1780.

Hasta las once de la noche como máximo, por ser ésta la hora en que el bonito paseo se cerraba al público y al tráfico. Por entonces comienza la emergencia de las Ramblas, como centro cívico de esparcimiento, en una ancha avenida central formada con predominio acusado de templos y conventos. De estampa un tanto eclesial que comienza a perder al concluirse en 1778, y en la Rambla de las Flores, y en un neoclásico de lo más repulido, el Palacio de la Virreina, construido para su residencia de un ex virrey del Perú, el marqués de Castellbell. La crecida de los árboles plantados a principios de siglo cooperan a que las Ramblas se erijan como el paseo más elegante y de moda del interior de la ciudad, obrando constancia de iluminarse por las noches la calzada central, alquilándose de 1781 en adelante sillas a las personas gustosas de disfrutar de la fresca con comodidad.

No obstante el gran polígrafo don Antonio de Capmany no parecía del todo satisfecho de la modernidad de su ciudad natal, y con buen criterio sugirió al visitante compensar el déficit de arquitectura más en boga, contemplando la subsistente de épocas pasadas:

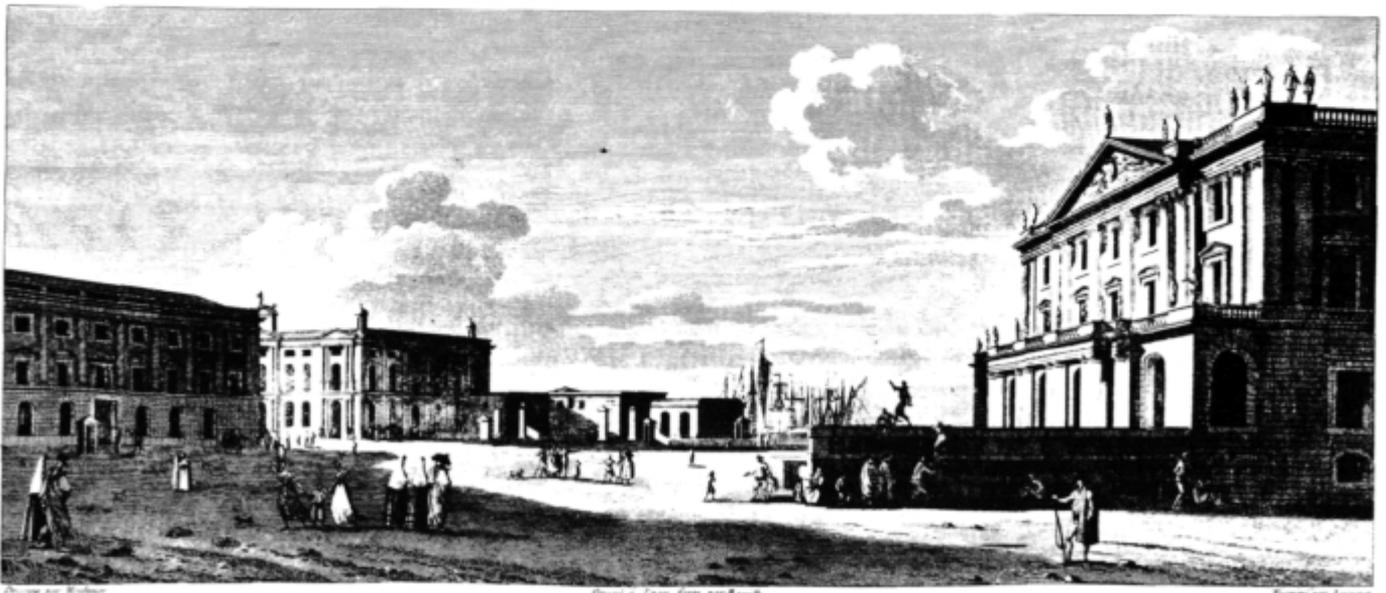
«Aunque no puede Barcelona, como otras ciudades de Europa, presentar a los ojos del viajero curioso edificios magníficos de la elegante arquitectura griega, desde su restauración o renacimiento en Occidente, fuera de la parte anterior de la casa de la Diputación, a lo menos del orden que llaman vulgarmente gótico, las obras que aún conserva pueden competir con las de otros pueblos de dentro y fuera de España, principalmente los consagrados al culto divino» (8).

Poco más tarde, Barcelona pagaba con su solvencia característica su cuota de homenaje al neoclásico, con obras de la categoría de la renovación de la Lonja del Mar, encajando en 1780, una elegante estructura gótica, bajo una envoltura genuinamente neoclásica, de gran empaque y armonía.

Formando parte de la Barcelona vista en 1789 por un economista inglés de prestigio, el ya famoso agrónomo y político Arthur Young.

8 Antonio de Capmany: «Aspectos de Barcelona antigua y reflexiones sobre la arquitectura gótica».

La Lonja o Casa de Comercio en el Portal del Mar. Ilustración de la obra «Voyage pittoresque et historique en Espagne». Alexandre de Laborde. París (1806-1802).



Interesa señalar no ser su viaje a España programado sino de los de a salto de mata. Meramente, una excursión de un par de semanas de escapada desde el elegante balneario de Bagnères de Luchon, muy al principio de la que se convertiría en la Revolución Francesa que proyectaría gran número de refugiados franceses en Barcelona. Una gira a lomo de mula española por el Pirineo leridano, regresando al punto de partida por la costa muy luego llamada Brava.

Tras atravesar los valles de Arán y Esterri, conducido por un buen guía de la región, confiesa, con razón, no haber visto por las comarcas que recorrió nada justificativo de la buena fama internacional del Principado, al encontrar todo miserable y de lamentable apariencia: tanto en las villas como en el campo. Decoración que sufre radical transformación al aproximarse a la Ciudad Condal.

«A dos o tres millas se ven a lo lejos, y a ambos lados de la carretera, en el campo, encantadoras casas de recreo, hermosas construcciones de todo género. Desde que abandoné París no he visto una ciudad que a su alrededor esparza una animación tan grande, y cuando se piensa que Barcelona no es más que la capital de una sola provincia y París la de un gran reino, la diferencia favorece en todo a la primera.»

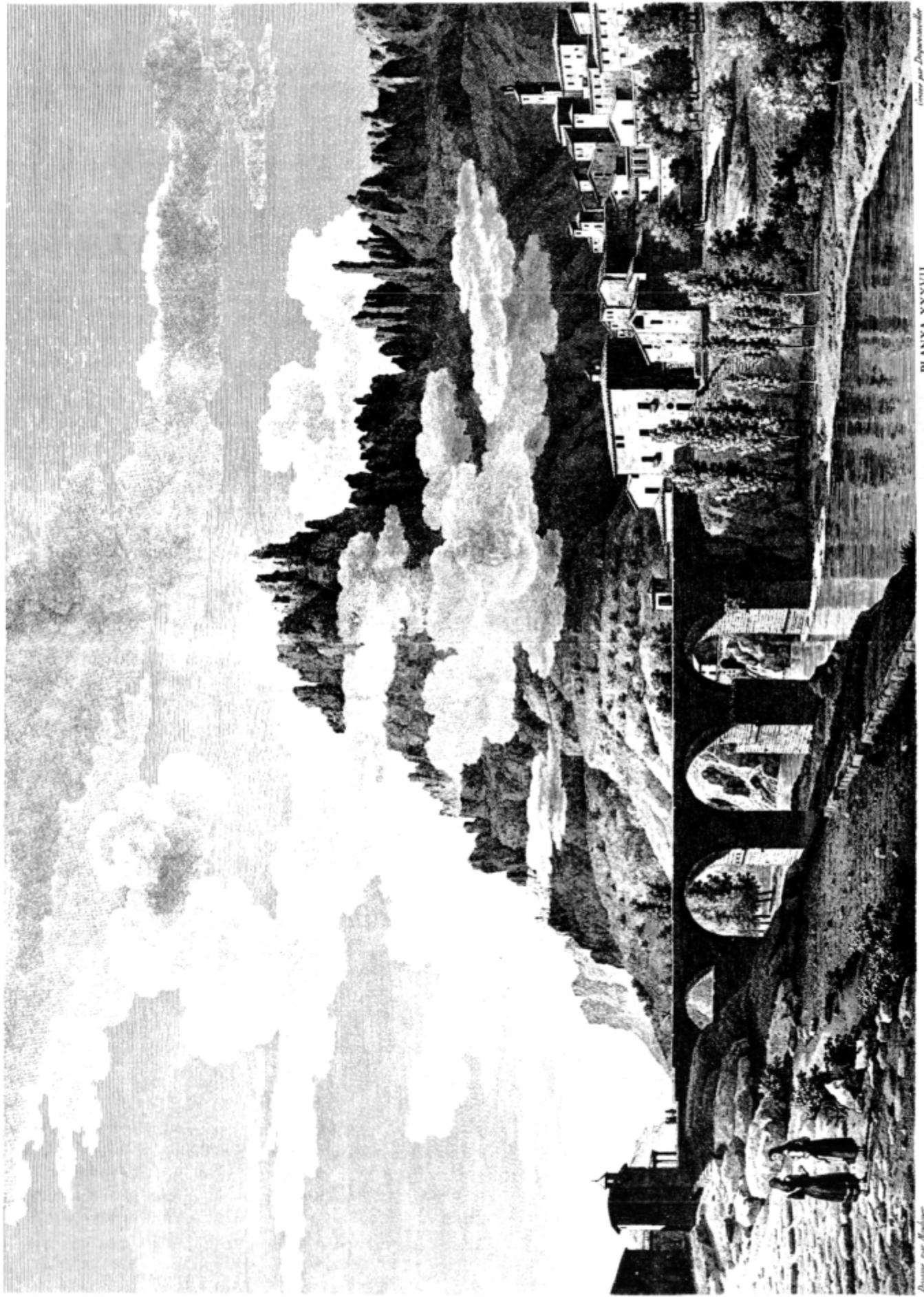
Mr. Young, hombre poco dado a inspeccionar catedrales y museos, menciona superficialmente algunas características de la ciudad, destacando dos en particular. El muelle portuario, suntuosamente construido, y la actividad teatral. Observada en un teatro que no especifica, donde asiste a la representación de una comedia española y una ópera italiana, todo en la misma sesión. Su interés radica en el público y no en las obras:

«Nos vimos sorprendidos al descubrir eclesiásticos en todas las localidades, cosa que no se ve en Francia. El pueblo ocupa el patio de butacas, donde vi a un herrero todo sofocado aún al haber pasado el día golpeando el yunque, que con las mangas de la camisa recogidas hasta los codos, parecía saborear el espectáculo con tanto gusto como pudiera hacerlo la buena sociedad de los palcos, y quizá más.»

La subida a Montserrat

La excursión a la Santa Montaña catalana continuó tan popular como de costumbre entre peregrinos de buena fe, predominantemente españoles, constituyendo para los viajeros extranjeros, sin duda alguna, la etapa reina de su gira por Cataluña. En trance de realzar el potencial turístico de Montserrat, nada más propio que limitar el ámbito de esta revisión a las impresiones de visitantes acatólicos, protestantes ingleses por más señas.

Y empezando por Mr. Thickness, quien pudo llegarse a Montserrat beneficiado con la supresión del paso en barca del Droc, en Molins de Rey, sustituido en 1764 por un sólido puente carlotercestista, construido por ingenieros del ejército, de 335 metros de longitud sobre 15 arcos de piedra roja, y ahorrándose las fatigas de la penosa subida desde Monistrol, utilizando la nueva carretera de Can Masana, habilitada a principios de siglo por el Bruch, para posibilitar el acceso al monasterio en carruaje. Por cierto a un monasterio, dependiente, como siempre, de la central de Valladolid, considera-



PLANNA XXXVII

Montserrat. Ilustración de la obra «Voyage pittoresque et historique en Espagne». Alexandre de Laborde. Paris (1806-1802).

blemente ampliado en 1767 por el abad Argerich, con una nueva y amplia hospedería en la que los benedictinos extendieron a toda clase de viajeros, protestantes incluidos, la afable hospitalidad prescrita por su regla.

El grado de fascinación ejercido en Mr. Thicknesse por la Santa Montaña quedó certificado por las diez cartas a ella dedicadas en su libro-guía, declarando la devoción con que besó la mano de la Moreneta, refiriéndose con gran respeto a la Virgen y a su devoción, admitiendo no del todo en broma sentirse medio católico. Destaca su descripción del contenido del fabuloso Tesoro de la Virgen, todavía intacto, cerrando la reseña con una frase ya tópica: «Con la excepción de Loreto, no hay en Europa monasterio más honrado por Emperadores, Reyes y prelados que éste». Encuentra tan apasionante como el santuario la visita a algunas de las quince ermitas individuales, posadas en la cúspide de afiladísimos picachos rocosos.

No menos maravillado del monasterio quedó Swinburne tras visitarlo en compañía de un monje alemán que le sirvió de guía. Admiró la iglesia, iluminada por ochenta y cinco lámparas de plata maciza, así como el célebre Tesoro, en el que detecta la espada depositada por san Ignacio de Loyola. Ascendió al Camarín para disfrutar del privilegio de besar la mano de la imagen de la Virgen, informando hallarla «medio gastada por los vehementes besos de sus devotos, sin serme posible discernir si era la mano de mármol o de plata, por estar pintada de negro».

Más tarde pudo realizarse la obligada etapa en la laboriosa villa de Martorell, con un aliciente adicional, al efectuarse en el pintoresco puente romano sobre el Llobregat —popularmente llamado del Diablo— importantes trabajos de reparación, conmemorados por una lápida fija en su estructura, rezando el texto en su parte esencial:

«Después de 1985 años de duración se hallaba esta fábrica muy maltratada y en estado de arruinarse enteramente, pero a fin de conservar un monumento de tan rara antigüedad lo mandó restablecer en este año de 1768 la Magestad del señor Carlos Rey de España.»

Monumento admirado por Swinburne, inevitablemente por Ponz y por Mr. Young, de regreso de su estancia en Montserrat, «que nos propusimos visitar después de haber leído su descripción por Mr. Thicknesse». Excursión vehementemente recomendada por Mr. Thicknesse pese a haberla realizado en condiciones más ásperas que Mr. Young:

«Un admirable camino, abierto parcialmente en la roca, conduce al monasterio enclavado en la cima, describiendo numerosos zigzags; obra tanto más apreciable al encontrarse en un país en el que raramente se ven trabajos tales.»

Cómodamente alojados, y gratis encima, en dos habitaciones de la hospedería del monasterio, contaron con las vituallas y bebidas que «a precios muy razonables», les proporcionaron los sirvientes del monasterio, produciendo el santuario en sí a Mr. Young una impresión presumiblemente similar a la experimentada por el Rev. Town-

El puente del Diablo en Martorell de «Voyage pittoresque et historique en Espagne» de Alexandre de Laborde.



send de no haber renunciado prudentemente, dada su condición eclesial, a la visita de Montserrat. Mr. Young exterioriza una reacción típica de protestante:

«La iglesia es magnífica, contiene buenos cuadros y el tesoro resplandece rebosante de piedras y metales preciosos, aportados en ofrendas, sin producirme aquella riqueza otra cosa que disgusto. Por serme odiosa la estupidez que la hizo regalar y no menos la hipocresía de los monjes al recibirla.»

Pues en el caso del célebre agrónomo inglés, no fue el monasterio el objetivo primordial de su viaje sino su marco natural, al ascender a las alucinantes formaciones geológicas de la Santa Montaña, «y visitar las diferentes ermitas descritas por Mr. Thicknesse, admirando a placer las formas audaces y singulares que componen esta montaña tan interesante».

A punto de distanciarnos de Cataluña es de suponer que los dedicados a historiar el pasado del turismo español agradecerán a Mr. Young que en el relato de su estancia en Barcelona, interpolara un imprevisto elogio a Mallorca —por supuesto que sin conocerla—, con base a informaciones sobre el positivo impacto turístico del factor precio, recogidos los datos de labios de algún compatriota suyo que obviamente se había regalado con un capricho entonces nada común:

«Según todas las noticias, esta isla —profetiza Young con mayor acierto del que se figura— podría transformarse fácilmente en un paraíso. Es uno de los sitios donde resulta más barato vivir. Personas de elevado rango social, con numerosa familia, pueden residir muy bien en ella con una renta de 150 libras esterlinas. Ventajas tales apuntan a designarla como deliciosa residencia invernal para quienes los acontecimientos (léase Revolución) expulsan de Niza y Hyères; en Mallorca encontrarían un clima todavía mejor» (9).

⁹ Arthur Young: «Travels in France during the years 1787, 1788, 1789».

De aceptar, por irrefutable, la lógica de su proposición, arduo explicar el enigma que gravitó sobre el arranque del turismo en

Mallorca. Dificultoso de comprender por qué tendría que transcurrir mucho más que un siglo para que, tras sacudirse los mallorquines su presunta y proverbial calma chicha, se dedicaran a algo más productivo que hacerles la vida imposible a Chopin y a George Sand, para que, muchos años después, pudieran producirse síntomas iniciales de materializarse el fácil vaticinio de Mr. Young.

Hay alguna rara constancia del «hecho diferencial» regional, detectable en Swinburne, que comenzó su «tour» en Cataluña, y la abandona estampando una profunda observación sobre una cuestión virtualmente ignorada por sus congéneres:

«Si un extranjero desea familiarizarse con España y con las costumbres y carácter de sus habitantes, debe proseguir viaje; me dicen que esta provincia tiene tan poco parecido con el resto del reino que no derivará real conocimiento de él viajando sólo por Cataluña. Aquí no es común oír hablar de un viaje a España como si se tratara de uno a Francia, y su lenguaje no es entendido por los españoles por ser un dialecto del antiguo limusín.»

Un factor por supuesto carente de relación con la excelente impresión causada por Cataluña y su capital en sus visitantes extranjeros. De modo muy definido en Townsend, quien a punto de despedirse de Barcelona la dedica un encendidísimo elogio, basado en el placer disfrutado en sus paseos y jardines, «los cuales contribuyen a hacer de Barcelona —nada menos— que una de las ciudades más deliciosas del mundo».

Abandonándola, como era el caso en cualquier ciudad antes de la aparición de sistemas mecánicos de transporte, de no impedirlo el mal estado del tiempo meteorológico. Eventualidad frecuentemente capaz de hacer demorar por espacio de varios días la partida, como en Barcelona decidió Mr. Swinburne, «con objeto de darles tiempo de secarse a las carreteras».

Camino de Zaragoza por el camino real a Madrid

Carretera que hasta los altos del Bruch comenzaba a pedir de boca para carruajes por seguirse por la de Barcelona a Montserrat. Buena la ruta hasta Cervera, sede de la Universidad de Cataluña, y aceptable hasta Lérida, donde por gótica a nadie atrajo la espléndida vieja catedral, arruinándose en la cúspide de una colina, mientras construían en la parte baja de la ciudad, y no en el curso de varias generaciones, sino en un periquete, como aquel que dice, una ultramoderna e insípida catedral, en un neoclásico a la corintia muy de moda.

A la altura de la villa de Fraga, al pie de una peligrosa cuesta, y ya en tierra aragonesa, se presentaba casi de sopetón el problema de tener que franquear el Cinca por un puente de madera frecuentemente arrastrado por las crecidas de un río sin domesticar: un puente, «para la composición del cual tienen la famosa maza de Fraga», anota en 1762 el acompañante del P. Flórez refiriéndose, claro está, a una auténtica curiosidad turística para el buen ilustrado, al tratarse de la «maza de Fraga» auténtica y por antonomasia, un

martinete mecánico empleado para clavar estacas, modelo original de las herramientas que llevaron su nombre.

Al poco de rebasar Fraga comenzaban las terribles y tediosas jornadas en coche por los yermos páramos de Los Monegros. «Tierra peladísima y desagradable» para el abate Ponz y «maldito camino» para Moratín, encontrándolo en 1755 el milanés Norberto Caimo, el transitar por él, más parecido a caminar por los más deshabitados desiertos de Africa que por una ruta frecuentada de reino tan importante como el de Aragón. Criterio al que exime de exageración el de Joseph Townsend en 1787:

«Durante varias millas no encontramos ni una casa, árbol, hombre ni animal, excepto algún mozo de mulas con sus bestias, viéndose a un lado del camino unas cruces de madera para señalar el sitio donde algún desgraciado viajero había perdido la vida.»

Quizás por mor del tener que haber gustos para todo, voz discrepante con las anteriores, la bien timbrada del célebre poeta Alfieri, quien al recordar en sus años de juventud aquel su «innato ardentissimo bisogno de movimento», declara cuan agradable le supo, en su desplazamiento de Barcelona a Madrid, su tránsito por aquellos parajes:

«Me era menos molesto el viajar que el tener que detenerme en aquellas semibárbaras poblaciones, aparte de que, por temperamento, no había para mí placer mayor que el andar, ni mayor tormento que el estarme quieto en un sitio determinado. Así que hice a pie gran parte del camino, llevando a mi lado mi hermoso caballo andaluz, siguiéndome como un perro: por lo que gustándome la soledad y el andar en su compañía por aquellos desiertos de Aragón, envié por delante a mis criados con el coche y las mulas, precediéndome mi criado Elías, montado en un mulo y divirtiéndome cazando con su escopeta conejos, liebres y pájaros, tan abundantes en España, pudiendo así encontrar siempre en las ventas algo con que matar el hambre.»

Ingresándose en la capital del antiguo reino aragonés por un paraje escénico de alta vistosidad. Por la Puerta del Angel, una vez cruzado el Ebro por un famoso puente de piedra de mediados del xv, múltiples veces rehecho, y tras pasar el escrutinio de los guardas de la Renta Real. Un par de minutos después penetraba en la plaza del Pilar, sede de los mejores mesones, entre ellos, los «del Pilar» y el de «los Reyes».

Zaragoza y su Pilar

El viajero se hallaba en una ciudad desplegada en hemicírculo en la orilla derecha de un señor río, ceñida de un recinto amurallado, no muy robusto tal vez, pero de harto suficiente tozudez para a principios del siguiente siglo costarle a los franceses Dios y ayuda artillera para desmoronarlo. Se encontraba el viajero, pues, en una ciudad de unos 45.000 habitantes, según el fiable censo de Floridablanca, prestigiada entre viajeros, más que nada, por contar con una de las más sobresalientes construcciones españolas del xviii.

La basílica del Pilar, cuyas obras de construcción cambiaron a par-

tir de 1750 de ritmo, sentido y estilo, al llegar de Madrid enviado por Fernando VI y acompañado de su esposa zaragozana, el arquitecto don Ventura Rodríguez. Para darle al edificio un giro —«en soberbio estilo Luix XVI», dirían luego las ediciones francesas del Baedeker— en realidad, y como salta a la vista, en el estilo neoclásico que hasta hoy conserva.

Terminada la obra en 1772, fue no obstante dada por concluida en 1765, al inaugurarse con descomunales festivales que hicieron historia y gemir las prensas, la obra maestra de don Ventura Rodríguez. La barroquísima capilla de la Virgen, o la Santa Angélica Apostólica Capilla de Nuestra Señora del Pilar, según la nomenclatura oficial. En todo caso, un alborado baldaquino al aire del barroco romano de Bernini, labrado con riquísimos materiales y sostenido por una rotunda elíptica, a modo de mármoleo dosel para tres altares, entronizado en el de la derecha la imagen de la Pilarica sobre su milagroso pilar, e inamovible, al respetar la voluntad popular de no cambiarle de sitio durante la ejecución de la obra de la nueva basílica. Pintada al fresco alguna que otra de sus bóvedas y cupulillas, como la de la «Regina Martirum», en memoria de los innumerables mártires de Zaragoza, por un artista de la provincia recién llegado de Italia. Francisco de Goya de nombre, a quien nadie menciona, silencio entonces extensivo a sus pinturas.

La gran basílica dominó en todos los órdenes al caserío zaragozano. Vista desde el exterior semejó un mastodóntico cajón de piedra ordenadas en su tejado varias ringleras de cupulillas, si bien desprovisto por bastante tiempo de las cuatro altas torres proyectadas, mientras se le regalaba a la vecina Seo con una esbeltísima torre, construida por un arquitecto romano, discípulo de Bernini.

Discrepando con una tendencia bastante generalizada entre visitantes extranjeros, digno de resalte que en 1787 al Reverendo Townsend le placieran, y mucho, las dos catedrales de la ciudad. Más relevante quizás que en una obra de calidad, destinada a un colectivo lector predominantemente británico y protestante, no tuviera empujo en declarar las motivaciones de su doble predilección:

«Tan pronto llegué a la ciudad me fui a conocer ambas catedrales. Ellas me hicieron olvidar cuantas penas y fatigas experimenté en aquel largo viaje y aunque hubiera tenido que hacer a pie el camino con gusto lo hubiera hecho con tal de gozar de la vista de estos templos. La llamada la Seo es amplia, magnífica y oscura: excita a la devoción: la otra, llamada del Pilar, espaciosa, alta, ligera, elegante y alegre, inspira esperanza y confianza» (10).

En el templo del Pilar, notable espectáculo el de la lujosa Santa Capilla, «adornada de ex-votos, de brazos, de piernas, de mudos, de cojos, de lisiados, que rezan, suspiran, lloran, aguardan, besan el suelo y se santiguan», escribe con un deje reprobatorio el *sprit fort* marqués de Langle. Detalle conmovedor para el ilustrado, creyente o no, la ardiente veneración rendida al trozo circular y tangible del santo pilar, visible en la parte trasera de la capilla, sujeto de la observación de un clérigo sevillano camino de Flandes: «Admira verlo muy socavado por la continua acción de llegar a oscularlo».

Rito multitudinario y sin cortapisa alguna al alcance del público

¹⁰ Joseph Townsend: «A Journey through Spain in the years 1786 and 1787». Londres, 1791.

general, gozando los personajes de alta posición social de una especial deferencia, posible gracias al modo en que estaba instalada la venerada imagen de la Virgen. Privilegio otorgado al P. Flórez por el deán de la basílica, que «le obsequió hasta lo sumo y le hizo el mayor favor que podía, cual fue el que besase la mano de la soberana imagen del Pilar, gracia que logran pocos» (11).

Dada la afición, heredada del siglo anterior, al goce visual desde perspectivas estéticas de joyas de gran tronío, de sumo interés, como relata Ponz, con fecha de 1788, en el tomo XV de su «Viage» el examen goloso y despacioso «de la colección de riquísimas alhajas que se guardan en la sacristía del Pilar, consagradas por reyes, príncipes y otros grandes personajes». No sin añadir a continuación, y a fuer de ilustrado, ciertas reflexiones críticas, muy en el espíritu de la «Enciclopedia», susceptibles con toda probabilidad de suscribirlas pensadores de la talla de don Juan Alvarez Mendizábal, don Pablo Castellanos e infinitas personas de recto juicio y sentido común. Consecuentemente, el abate Ponz, como un turista de nuestros días, no tuvo reparos en propugnar la reducción a dinero, «estas ricas joyas y demás alhajas, que, bien mirado, más sirven para admirar al vulgo que para otra cosa», proponiendo se dedicara el producto a cosas como la propia terminación del templo «pues las piedras preciosas pueden perecer todas y calcinarse en un casual y repentino incendio de la pieza y armarios donde las tienen guardadas, ser robadas por descuido, saqueadas en una revolución o en una guerra».

Profecía consumada, y por un incendio, no mucho después. En 1809 exactamente, al llevarse consigo el mariscal Lannes, las más valiosas piezas (relacionadas en el Madoz) en concepto de reparación de los daños y perjuicios al ejército invasor bajo sumando, por los defensores de la ciudad.

De los numerosos conventos y templos zaragozanos apenas visitaron los forasteros otro que la parroquia de Santa Engracia, o de las Santas Masas. Por la originalidad de venerarse en su interior una clase de reliquias sin más posible parigual que los restos de las Once Mil Vírgenes, en Colonia, de excepcional interés, también, para aquella clase de turistas. En un pozo protegido por verjas, sito en el centro de una cripta con aire de catacumba, los visitantes del templo de las Santas Masas pudieron atisbar un magma de cenizas oscuras, supuestamente los restos de los Innumerables Mártires de Zaragoza, cuyos cuerpos mandó incinerar el emperador Daciano.

En cuanto a edificios civiles, y en un barrio abundante en nobles «palazzi», llamó la atención de los turistas de buen gusto el de la Diputación, hermano de los «palaus» de Barcelona y Valencia. Se trató de un corpulento caserón, de aire renacentista, sede de la Real Audiencia, pletórico su lujoso interior de recuerdos históricos y obras de arte, en especial la «Real Sala de San Jorge», patrón del Reino. Riquezas desaparecidas con el resto del edificio, en enero de 1809, devoradas por las llamas durante el asedio francés.

Lástima, en cambio, que debido a una serie de vicisitudes el histórico moruno de la Aljafería quedara prácticamente invisible. Dedicado en 1706 a cárcel, tras evacuarlo el casi inoperante tribunal de la Inquisición, permaneció inabordable al convertirlo en 1722 en cuar-

¹¹ Francisco Aguilar Piñal: «De Sevilla a Flandes en el siglo XVIII». *Archivo Hispalense*, núm. 105, Sevilla, 1958.

tel, no sin realizarse en sus salas mejores considerables obras de adaptación, responsables de la desaparición, casi hasta nuestros días, de lo poco superviviente de su antigua decoración islámica.

En el capítulo de diversiones públicas y espectáculos, figuran en primer plano las frecuentes ceremonias y procesiones organizadas en honor de la santa patrona, especialmente durante la semana del 12 de octubre. Sin carencia de corridas de toros, presumiblemente goyescas de verdad, en la plaza construida al modo de la de Aranjuez, y en el plazo récord de setenta días, por cierto, ocupando el mismo lugar en el que se levanta la actual. Inaugurada en 1764, a tiempo de contribuir a la brillantez de los festejos montados para celebrar la inauguración de la Santa Capilla del Pilar, lidiándose un día dieciséis toros en su ruedo. Caballo desventrado más o menos, al estilo de la mortífera corrida presenciada, cuatro años más tarde, y en la misma plaza, por el galante aventurero Casanova, según él descendiente de una familia oriunda de la ciudad. Corrida reseñada en sus «Memorias» con una observación típicamente suya, acerca de la nutrida concurrencia de cortesanías —«aspasias» las llama con finura el incorregible sinvergonzón— no precisamente dechados de beldad a juicio de su experta mirada.

Más tarde, otro divertimento local, sin paralelo posible en punto alguno de España, excepto Aranjuez, las excursiones fluviales por el «Canal Imperial», así denominado por haberse iniciado sus obras en tiempos de Carlos V. Sin lograr llegar a las aguas succionadas al Ebro hasta Zaragoza, hasta 1784, una vez sometidas las obras de canalización a los beneficiosos efectos del despotismo ilustrado, en este caso, al impulso generado por la benemérita «Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País», como su hermana de Valencia, fundada en 1776. Inaugurado el Canal, raro el dignatario o persona de viso de paso por la capital que no efectuara una gira acuática por la flamante obra, a bordo de los preciosos «coches de agua» construidos al efecto por la dirección del Canal. Orgullo de los progresistas zaragozanos, en un momento de la vida de la ciudad, calificado por un economista de nuestros días como «una auténtica edad de oro» y en el orden económico, «el momento cenital de un despegue casi espectacular» (12).

Epílogo francés por el Pirineo navarro

Por más que el grueso del tráfico recibido por Zaragoza, procedente de Cataluña, encaminara el rumbo de sus carruajes hacia aquel carlotercerista Madrid revisado ya, en su externidad, en la parte primera de este trabajo, ésta que la sucede, y con el soporte de testimonios del tiempo, tratará de recomponer lo que llevó consigo la ruta que desde la capital de Aragón se dirigió a la frontera francesa. Sin tratarse del viejo itinerario peregrino, bastante en desuso, por Huesca y Jaca, sino la ruta más interesante y amena que desde Zaragoza remontaba a contrapelo el curso del Ebro, para en Tudela y, pasadas las aduanas forales, enlazar con el más transitado Camino Real de Madrid a Francia, por el Reino de Navarra, por una españolí-sima región, desde entonces y hasta hoy, gobernándose en régimen autonómico, que diríamos hoy.

¹² Profesor Eloy Fernández Clemente: «Los aragoneses». Madrid, 1984.

Una vez reunidas, ambas rutas ascendían por Tafalla y Olite con oportunidad de recrear la vista contemplando, en cada una de las villas, importantes restos de antiguos palacios de los reyes navarros. Para rendir etapa en la capital del Reino, virtualmente una ciudadela erizada por doquier de murallas, barbacanas y baluartes. Además de los consabidos edificios antiguos de costumbre, con alguna novedad arquitectónica que otra para gozo del amante del arte. Por ejemplo, la gélida fachada neoclásica —una más de tantísimas— diseñada por Ventura Rodríguez, en plan de pórtico corintio al estilo de un templo pagano, dándose con ello por terminada a la hermosa catedral gótica, habiéndose erigido en 1760, nada lejos del templo, un rimbombante Ayuntamiento con una fachada en restallante rococó, adornada con ciertos adminículos escultóricos, inducentes por lo airosos a imaginar al arquitecto que los concibió inspirado por un irónico sentido del humor.

Obras indudablemente conocidas por don Antonio Ponz, en 1783, al llegar procedente de Francia. Fiel a sus credos estéticos, aprobó la nueva fachada de la catedral sin decir ni pío de la del Ayuntamiento. Simplemente la ignoró. Para una vez más, y con ominoso signo para el turismo venidero, suministrar contundente evidencia de un concepto personal, por otra parte tan de su tiempo, acerca de los elementos constitutivos de la belleza de una ciudad. Bien estuvo que se congratulara «de lo mucho que se ha mejorado Pamplona de algunos años a esta parte, así en la limpieza de sus calles como en su excelente enlosado. Pero nada bien al añadir a renglón seguido: «es lástima que ensombrezcan y afeen no poco a las calles los grandes aleros de los tejados, el resalto demasiado de los balcones y las celosías de las ventanas». Juicio preocupante por basar la belleza urbana de una localidad en la erradicación de lo que hoy tanto nos hubiera entusiasmado a los visitantes de Pamplona. Y juicio doblemente preocupante por venir de quien vino. Del secretario de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Cargo entonces desempeñado por el viajero Ponz.

Y en tiempos en los que los Sanfermines pamplonicos comenzaban a repicar gordo entre los festivales españoles —de decirlo al modo de hoy— de interés turístico. Festejos presenciados por el P. Flórez en la primera semana de julio de 1766, descritos por su acompañante en calidad de testigo. Integrados por joviales procesiones de todo pasto y corridas de toros en abundancia. Un conjunto de actos con una resonancia de limitada internacionalidad, según nos enteró el fraile que nos informa: «La feria —que es ahora— atrae mucha gente de Francia, con tiendas, que hacen muy divertida la ciudad».

Mejor o peor vista la capital del Reino navarro, se seguía hacia el norte, sin ser recordado el dato por nadie, por el tramo español inicial del Camino de Santiago, más transitado entonces por tráfico general que por los ya *rara avis* especie de peregrinos foráneos. En cuesta no muy pronunciada hasta llegar a la explanada asiento del saludable poblado de Burguete, sede «de la ronda de soldados y guardas para que no salgan de España gentes sin pasaportes, ni entren ni salgan géneros prohibidos», previene en 1766 un viajero, para en un santiamén, tras pasado el control policial y aduanero y «por un paseo frondoso», hacer alto en Roncesvalles:

«La población de este pueblo —informa el abate Ponz— está reducida a los canónigos regulares de San Agustín, que sirven su iglesia y a los criados o dependientes de los mismos. Hay dos o tres posadas donde dan de comer a menos precio que en las inmediatas de Francia, pero les faltan las conveniencias de aquéllas.»

Visitada la hermosa Colegiata, con inclusión de la tumba del rey D. Sancho, el de las Navas, se inspeccionaba el museílllo montado en la sacristía con algunos objetos sacros, amén de otros supuestamente pertenecientes a personajes punto menos que legendarios. Como «los zapatos, medias y cálices que fueron del obispo Turpín y una gran cruz de plata que dicen fue de Roldán», relaciona el acompañante del P. Flórez, con más elementos de juicio que el P. Ponz, y su grupo, debiendo limitarse el buen abate a mencionar únicamente lo que no vio. Lamentándose de que «no vimos el zapatón de Bernardo del Carpio porque no apareció la llave del armario donde lo guardan».

Reemprendiendo la marcha se abordaba el siempre problemático menester de trasponer un puerto de montaña de cierta envergadura. Un mentís de tantos a aquel «Ya no hay Pirineos» atribuido a Luis XIV. Y vaya si los hubo en 1755 para cierto canónigo y sus compañeros, varias veces aquí mencionados. Debiendo desprenderse en Pamplona de su servicial calesa andaluza y alquilar mulos para en dos días trasladarse a Francia por la frontera de Urda, y comprar una buena berlina de por lo menos segunda mano en Bayona.

Algo más trabajoso, pero más directo, pasar a Francia por el camino de Roncesvalles, aderezado de prisa y corriendo para el paso de carruajes en 1706, al expulsar la princesa de los Ursinos de suelo español a la joven, robusta y longeva doña Mariana de Austria, viuda de Carlos II. La ruta que en 1767 vio pasar a Giacomo Casanova, una vez vendida su silla de posta en San Juan de Luz, para cruzar el puerto «montado en un mulo, seguido de otro que llevaba mi equipaje». En forma bastante similar a la que en 1783, y con sus 58 años a cuestas, recruzó la frontera el abate Ponz. Devolviendo en la posta de Bayona el carruaje que le trajo desde París, y acomodándose en San Juan de Pie de Puerto «con ciertos arrieros de Pamplona, los cuales iban de vacío, y así, atravesados en las albardas de sus machos» llegar sanos y salvos a Roncesvalles.

Sin significar los casos reseñados imposibilidad alguna de pasar el puerto en coche. Franqueado en 1766 por el P. Flórez, y por el mismo lugar, al adoptar la resolución de pasar a Francia sin desprenderse de la amada y baqueteadísima berlina de su propiedad. Disfrutando, según el relato del P. Méndez, su compañero en erudiciones y fatigas, de la hermosura del paisaje pirenaico, en condiciones técnicas análogas a las por entonces vigentes en la mayoría de los puertos de montaña suizos:

«La subida al Pirineo dura hora y media con cuatro pares de bueyes al coche. La subida no es muy áspera, es muy amena y el monte es más poblado de madera por la parte de España pero no tiene un árbol por la parte de Francia. La altura es muy soberbia y el día en que le pasé, todo fue de niebla, que estaba en la cumbre y mirando hacia abajo parecía estar el cielo debajo de los pies por el color de la niebla en lo profundo.»

Como en esta clase de puertos suele ser de rigor, venía a continuación el trámite del descenso. Comparado con el tiempo invertido en la subida, excitante y de duración breve, «por cuanto el gran declive del monte obliga a los bueyes a bajar apresuradamente», enganchados a guisa de freno en la parte trasera del carruaje.

Y así hasta las cercanías de la población peregrina de San Juan del Pie de Puerto, al pie del puerto de Ibañeta o de Roncesvalles. Para luego recorrer un trozo de país vasco-francés, «poblado de caserías», por donde, como suele ser norma frecuente en turistas de tránsito por tierras ajenas, al P. Méndez se le vuelven las tornas de la crítica, y por aquello del que donde las dan las toman, rompe a observar detalles mayormente ignorados en desplazamientos en país propio. Al rodar por caminos, «por donde las mujeres andan descalzas de pie y pierna». Con clara conciencia, además, de hallarse en parajes visitados, por turistas al anotar la comparecencia de muchachos, como en la Suiza del XVIII, «que salían al camino con ramilletes de flores, que tiraban dentro del coche, y se les remuneró con ardites y ochavos de Navarra, que pasan por aquellas tierras».

De un modo u otro, fuese a lomo de bestia o en berlina, o calesa, rendida etapa terminal en suelo francés, teóricamente en tierras del principal aliado de aquella España, quedaba ultimado el hipotético «Grand Tour» español. De carácter antológico en relación al efectivamente realizado por cuantos valientes emprendieron aquella aventura en el Siglo de las Luces.